

Raúl Flores Instantáneas

La última copia

Por Alejandra Aguado

Cuando Raúl Flores decidió apropiarse de la fotografía como medio —allí hacia mediados de los años 90, después de realizar durante un tiempo objetos e instalaciones donde lo comestible y cotidiano cobraba estatus de adorno y objeto de estudio—, la fotografía le dio la posibilidad de desentrañar de un modo nuevo la naturaleza de aquello que lo rodeaba. Ella le permitió dejar de pensar en las formas de esas cosas que adoraba aunque fuere por costumbre; dejar de buscar en ordenamientos clínicos qué podía hacer entrañable a lo grotesco. A partir de entonces, la serie fotográfica y el plano rectangular bastaron como patrones ordenadores y aquello exhibido pudo recuperar su carácter desalineado y de entrecasa. Si sus primeras obras resultaban de separar y acomodar galletitas, caramelos, platos, cubiertos o rosas en módulos que le permitían desmenuzar y compartir en partes iguales aquello que se nos daba surtido —y armar así geometrías, motivos, tramas y raciones—, toda esa gracia azucarada, ese mundo tierno y cutre que nos acompaña mientras gestionamos el día a día, pasó a ser el testimonio de que, en la realidad, nada de eso logra jamás someterse a tanto orden. En el camino, surge la necesidad, aparecen los límites de lo que es realmente posible, sobreviene el deterioro y hacemos lugar al deseo, el descuido, la ansiedad y el afecto. Así, una tras otra, las series de Flores fueron trazando una particular historia del hábito que descubre, más que la forma que adopta el orden o la belleza, que lo que nos domina es una intención de orden y belleza; que lo que logramos, mientras tanto, resulta de una ecuación vital entre necesidad, cuidado y fe y que, más que técnica, incluso en el desorden, lo que nos trae alivio y acompaña es un poco de sistema.

Entre 1997 y 2020, Flores fue produciendo, con mayor y menor exhaustividad, series que registraron vida cotidiana, historia urbana y tránsito personal. Entre el diario íntimo y el estudio sociológico, ellas hicieron visible los modos en que la continuidad acompaña el caos o la racionalización, a la pobreza; rescataron rasgos de personalidad en un mundo hecho de estándares, descubrieron la empatía que puede encontrarse en el desborde, las maneras en que la gracia habita el absurdo, o el esmero, el acto de pedir limosna, y demostraron cómo los gestos, en su repetición,

permiten generar un lenguaje social. En *Ración*, 1997, más de doscientas fotos Polaroid registran la misma cantidad de platos vacíos que resultan de los almuerzos que Flores se proporcionó a lo largo de los días con un mismo límite de dinero. *Paredes de aire*, 2006, da cuenta de los ordenamientos a los que tendemos incluso cuando no hay contexto, de la inevitabilidad de habitar con lo que sea que se tiene a mano. *En tránsito*, 2007, es una cosecha de fotos que exhiben aquello que queda escondido u olvidado debajo de las camas, fotografiado en el rapto impúdico de un flash. Las fotos de la serie *Heladeras*, 1997, que registran lo que ocupa el interior de estos artefactos en las casas de algunos conocidos de Flores, no sólo retratan a sus dueños a través de sus consumos, sino que también tienen el peso de un anti-catálogo de supermercado y, teñidas de la luz fría del aparato conservador, parecen radiografías anticipatorias de procesos de digestión. En cada una de las series, aparece la sensación de que estamos observando restos, un mundo desgastado, usado, transitado; esfuerzos en medio de la fatiga o de la escasez. Flores encontró, sin embargo, y fiel a su sentido del humor, simpatía en cada uno de sus disparos. Alejado del deseo de perfección técnica, aunque sistemático en la medida de lo justo y necesario, sus fotos son registro curioso y cómplice, testimonio de una mirada interesada y afectuosa que entiende las implicancias de llevar adelante el show de vivir.

El llamado a la introspección que trajo el 2020 fue aprovechado por Flores para acelerar otra tarea: la de organizar su propio archivo, revisar el trabajo producido e ingresar en otro modo de autoconocimiento. Sin calle para transitar ni reuniones a las que asistir —sin toda esa vida social que hasta entonces había entrado a su obra a través de la lente—, y fiel a esa inclinación a la sistematicidad, encaró un proceso de revisión y orden. Y tal como lo hizo de turista paseando por la rambla de Barcelona o por los parques de entretenimiento en Buenos Aires, se dispuso a depositar su mirada meticulosa sobre aquello que, hoy, cuenta el trazado de su propia historia. Las repercusiones de un proceso tan íntimo y largo, tan retrospectivo, son probablemente imposibles de anticipar en esta cercanía temporal. Sin embargo, y sin considerar cuánto análisis puede traer esto por parte de la mirada externa, hay un efecto del que ya somos testigos hoy, y que hizo posible para Raúl Flores salir de la instancia de evaluación para volver a encarar la producción.

Allí surge *Instantáneas*, su primera muestra en W—galería: una serie de dibujos interrumpidos por sus fotografías —a las que copian— que implican repetición y renovación, cierre y apertura a la vez.

Si tal como lo describió el historiador y curador Marcelo Pacheco la fotografía era, para Flores, un “medio práctico” —algo que para el artista significaba la posibilidad de tener una idea y salir a realizarla al instante—, el dibujo aparece ahora como un medio casi teórico, útil para un artista que en vez de inmediatez busca reflexión y estudio, que en vez de capturar imágenes al caminar, las mastica sobre la quietud de una mesa, que sin perder su sintonía con la liviandad de lo habitual, atraviesa un acto casi ritual. La ansiedad, sin embargo, aparece en la necesidad de ordenarse, de presentarse y de volver a seriar, de encontrar rápido una manera de catalogar —ahora en la medida estandarizada del papel y la consistencia que le otorga la monocromía del grafito— un trabajo que por momentos no supo que llevaba su mismo trazo. A la fotografía, ese medio múltiple, la celebra y le juega de aliado y de contra: como en un gesto de agradecimiento, le regala una copia a aquellas piezas que el mercado le instó a que sean únicas y reproduce una vez más, burlándolas con la manera definitiva que trae el dibujo, irreproducible, aquellas cuyas ediciones ya podrían estar cerradas. En este acto de debut y despedida, que en la aparente seriedad del dibujo sobre papel guarda esa reducción extravagante y tan *à la* Flores que mezcla arte y vida, imagino a Raúl riendo a carcajadas, observando compulsivamente su propio arte, y feliz de haber encontrado una vez más una manera de “ver [su] vida como una colección de mariposas”¹.

1 Raúl Flores en entrevista con la autora, mayo 2024.

